

LA PRINCESA Y EL GRANUJA.

(Conclusion).

VIII.

El granuja vió al cabo una gran sala iluminada y llena de preciosidades, cuya forma no pudo precisar bien en el primer momento. Al poco rato comenzó á percibir con claridad y distinguió mil figurillas diversas, como las que llenaban la tienda donde había conocido á la gran señora. Lo que más llamó su atención fué ver que salieron á recibirles, luciendo sus flamantes vestidos, todas las damas que acompañaban á aquella en el escaparate.

La gran señora contestó con una grave y reverenciosa cortesía á los saludos de todas ellas. Parecía ser de superior condición, algo como reina ó princesa ó emperatriz. Su gesto soberano y su gallardo continente sin altanería, revelaban cierto dominio sobre las demas. Al instante presentó á Pacorruto. Este se quedó todo turbado y más rojo que una amapola cuando la princesa, tomándole de la mano, dijo:

—Presento á ustedes al Sr. D. Pacorruto Migajas, que viene á honrarnos esta noche.

Al pobre chico se le cayeron las alas del corazón cuando después de observar el desmedido lujo que allí reinaba miró sus piés desnudos, sus calzones sujetos con un tirante y su chaqueta cortada por los codos.

—Ya adivino lo que piensas—le manifestó la princesa con disimulo,—tu traje no es el más conveniente para una fiesta como la de esta noche. Verdaderamente no estás presentable.

—Señora, mi pícaro sastre—dijo Pacorruto, creyendo que una mentirilla pondría á salvo su decoro,—no me ha acabado la ropa.

—Aquí te vestiremos—indicó la gran señora.

Los lacayos de aquella extraña mansion eran monos pequeños y graciosísimos. De pajes hacían unos loros diminutos de esos que llaman *Pericos*, y varios gallitos de papel. Estos no se apartaban un momento de la señora.

La servidumbre se ocupó al punto en arreglar un poco la desgraciada figura del

buen Migajas. Con unas fosforeras doradas y muy monas en figura de zapatos le calzaron al momento. Por golilla le pusieron un medio farolillo de papel encarnado, y de una jardinera de mimbres le hicieron una especie de sombrero de pastoril con graciosas flores adornado. Al cuello le colgaron al modo de condecoraciones, la tapa de un tintero elegantísimo, una fosforera redonda que parecía reloj y el tapon de cristal de un frasquito de esencias. Los gallos de papel tuvieron la buena ocurrencia de ponerle en la cintura á guisa de espada ó daga un lujoso cuchillo-plegadera de marfil. Con estas y otras invenciones para ocultar sus haraposos vestidos, Pacorruto quedó tan guapo que no parecía el mismo. Verdaderamente se ensoberbeció de su persona cuando le pusieron delante del espejo de un estuche de costura para que se mirase. Estaba deslumbrador.

IX.

En seguida principió el baile. Varios canarios cantaban en sus jaulas valeses y polkas, y las cajas de música tocaban solas, así como los clarinetes y pitos que se movían á sí mismos sus llaves con gran maestría. Los violines también se las componían de un modo extraño para pulsarse á sí propios sus cuerdas, y las trompetas se soplaban unas á otras. La música era un poco discordante, pero Migajas, á causa del goce de su espíritu, la hallaba encantadora.

No es necesario decir que la princesa bailó con nuestro héroe. Las otras damas tenían por pareja á generales de alta graduación y soberanos que habían dejado sus caballos á la puerta. Entre aquellas figuras delicadísimas se veía á Bismark, al Emperador de Alemania, á Napoleon y á otros grandes hombres. Migajas no cabía en su pellejo de puro orgulloso.

Pintar las emociones de su alma cuando se lanzaba á las vertiginosas curvas del vals con su amada en brazos, fuera imposible. La dulce respiración de la princesa, sus cabellos de oro, agitados por el movimiento, acariciaban blandamente las mejillas de Pacorruto, causándole una especie de embriaguez. La mirada amorosa de la gentil dama ó un suave quejido de cansancio, acababan de enloquecerle.

En lo mejor del baile los monos anunciaron que la cena estaba servida, y al punto se desconcertó todo. Ya nadie pensó más que en comer, y á nuestro Migajas se le alegraron los espíritus, porque tenía un hambre de mil demonios, á pesar de la viveza de su amor.

X.

El comedor era precioso y la mesa magnífica; las vajillas y toda la loza de lo mejor que se ha fabricado para muñecas, y multitud de ramilletes esparcían su fragancia y mostraban sus colores en pequeños búcaros, en hueveras y algunos en dedales.

Pacorrito ocupó el primer asiento á la derecha de la princesa. Empezaron á comer. Servían los pericos y los gallitos de papel tan bien y con tanta precision como los soldados que maniobran en una parada á la orden de su general. Los platos eran exquisitos; pero Migajas observó que todo era frio y fiambre. Si todo no le disgustó al principio, después empezó á producirle cierto empacho, aún ántes de haber comido mucho. Componían el festin pedacitos de mazapan, pavos más chicos que pájaros y que se engullían de un solo bocado, filetes y besugos como almendras, un rico compuesto de cañamones y un pastel de alpiste á la canaria, albóndigas de miga de pan á la perdigona, fricasé de ojos de faisán en salsa de moras silvestres, ensalada de musgo, dulces riquísimos y frutas de todas clases, que los pericos habían cosechado en un tapiz donde estaban bordadas, siendo los melones como uvas y las uvas como lentejas.

Durante la comida todos hablaban mucho, excepto Pacorrito, que por ser muy corto de genio no desplegaba sus labios. La presencia de aquellos personajes de uniforme y entorchados le tenía perplejo, y se asombraba mucho de ver tan charlatanes y retozones á los que en el escaparate estaban tiesos y circunspectos cual si fuesen de barro.

Principalmente el llamado Bismarck no paraba. Decía mil gracias y chuscadas, daba manotadas sobre la mesa, y arrojaba á la princesa migajas de pan. Movía sus brazos como atolondrado, cual si en los goznes de éstos tuviese un hilo, y una mano extraña tirase del hilo por debajo de la mesa.

—¡Cómo me estoy divirtiendo!—decía el canciller.—Querida princesa, cuando uno se pasa la vida adornando una chimenea, entre un reloj, una figura de bronce y

un tiesto de begonia, estas fiestas le rejuvenecen, aunque sólo sea una vez al año.

—¡Ay! dichosos mil veces—dijo la señora con acento patético—los que no tienen otro oficio que adornar chimeneas y entredoses! Esos se aburren pero no padecen como nosotras, que vivimos en continuo martirio, destinadas á servir de juguete á los chicos. No podré pintar á usted, señor de Bismarck, lo que se padece cuando uno nos tira del brazo derecho, otro del izquierdo, cuando éste nos rompe la cabeza y aquel nos descuartiza ó abre en canal para ver lo que tenemos dentro del cuerpo.

—Ya lo supongo—dijo el canciller abriendo los brazos y volviéndolos á cerrar.

—¡Oh! desgraciados, desgraciados—exclamaron en coro los emperadores, Espartero y los demas personajes,

—Y ménos desgraciados los que como yo—añadió la dama—encontramos un protector y amigo en el valeroso y constante Pacorrito Migajas, que me libró de tan bárbaro suplicio.

Migajas se puso colorado hasta la raíz del pelo.

—Valeroso y constante—repetieron á una las muñecas todas en tono de admiración.

—Por eso esta noche—continuó la princesa—en que nuestro Genio Creador nos permite reunirnos para celebrar el primer día del año, he querido obsequiarle, trayéndole conmigo y dándole mi mano de esposa, en señal de alianza y reconciliación entre la raza muñequil y los niños juiciosos y honrados.

XI.

Cuando esto decía, el señor de Bismarck miraba á Pacorrito con una expresión de burla tan picante y maligna, que nuestro insigne héroe se llenó de ira. En el mismo instante el canciller disparó una bolita de pan con tanta puntería que casi dejó ciego á Migajas. Pero éste, como era tan prudente y un prototipo de hidalga circunspección, calló y disimuló.

La princesa le dirigía miradas de amor y gratitud.

—¡Cómo me estoy divirtiendo!—repetió Bismarck dando palmadas con sus manos de papel mascado.—Mientras llega la hora de volver junto al reloj y á oír su incesante tic-tac, divirtámonos, embriaguémonos, seamos felices. Si el caballero Pacorrito quisiera pregonar *La Correspondencia*, nos reiríamos un rato.

--El señor de Migajas—dijo la princesa mirándole con benevolencia,—no ha venido aquí á divertirnos. Eso no quita que le oigamos con gusto pregonar *La Correspondencia* y los fósforos si quiere hacerlo.

Pacorrito hallaba esta proposición tan contraria á su dignidad y decoro, que se llenó de aflicción y no sabía que contestar á la princesa.

--¡Que baile!--gritó el canciller con desparpajo,—que baile encima de la mesa! Y si no lo quiere hacer, pido que se le quiten los adornos que se le han puesto, dejándole lleno de andrajos y descalzo, como cuando entró aquí.

Migajas sintió que toda su sangre afluíra á su corazón. La cólera de su alma impetuosa no le permitió decir una sola sílaba.

—No seáis cruel, mi querido príncipe,—dijo la señora sonriendo.—Por lo demas yo espero quitarle al buen Migajas esos humos que está echando.

Una carcajada general acogió estas palabras, y allí era de ver á todas las muñecas y á los grandes generales y emperadores dándose simultáneamente cachiporrazos en la cabeza como las figuras de Guignol.

—¡Que baile! ¡Que pregone *La Correspondencia*!--clamaron todos.

Migajas se sintió desfallecer. En él el sentimiento de la dignidad era tan poderoso, que ántes muriera que pasar por la degradación que se le proponía. Iba á contestar, cuando el maligno canciller tomó una paja larga y fina sacada al parecer de una cestilla de labores, y mojando la punta en saliva se la metió por una oreja á Pacorrito con tanta presteza, que éste no se enteró de la grosera familiaridad hasta que hubo experimentado la sacudida nerviosa que tales bromas ocasionan.

Ciego de furor echó mano al cinto y blandió el cuchillo-plegadera. Las damas todas prorrumpieron en gritos y la princesa se desmayó. Pero no aplacado con esto el fiero Migajas, sino por el contrario más rabioso, arremetió contra los insolentes y empezó á repartir tizonazos á diestra y siniestra, rompiendo cabezas y brazos que era un primor. Oíanse alaridos de dolor, gritos, amenazas: hasta los pericos graznaban y los gallitos movían sus colas de papel en señal de alarma.

Un momento después nadie se burlaba de Migajas. El canciller andaba recogiendo del suelo sus dos brazos y sus dos piernas (caso raro que no puede explicarse) y todos los emperadores se habían quedado sin nariz. Poco á poco, con saliva y cierta destreza ingénita se iban curando todos los des-

perfectos; que esta ventaja tiene la cirujía muñequil. La princesa repuesta de su desmayo con las esencias que en un casco de avellana le trajeron sus pajes, llamó aparte á Migajas y, llevándole á su camarín reservado, le habló á solas de esta manera:

XII.

—Querido Migajas, lo que acabas de hacer, lejos de amenguar el amor que puse en tí, lo aumenta, porque me has probado tu valor indómito, triunfando con facilidad de toda esa grey de muñecos bufones, la peor casta de seres que conozco. Movida por los dulces afectos que me impulsan hácia tí, te propongo ahora solemnemente que seas mi esposo sin pérdida de tiempo.

Pacorrito cayó de rodillas.

—Cuando seas mi esposo—continuó la señora—no habrá uno solo de esos emperadores y cancilleres que no te acate y reverencie como á mí misma, porque has de saber que yo soy la reina de todos los que en aquesta parte del mundo existen, y mis títulos no son usurpados, sino adquiridos por nacimiento y en virtud de la constitución muñequil establecida por el Supremo Genio Creador que nos gobierna.

—Señora, señora mía—dijo Migajas—mi dicha es tanta que no puedo expresarla.

—Pues bien—manifestó la señora con majestad.—Puesto que quieres ser mi esposo, debo advertirte que para ello es necesario que renuncies á tu personalidad humana.

--No comprendo lo que quiere decir vuestra alteza.

—Tú perteneces al linaje humano, yo no. Siendo distintas nuestras naturalezas no podemos unirnos. Es preciso que tú cambies la tuya por la mía, lo cual puedes hacer fácilmente con sólo quererlo. Respóndeme, pues. Pacorrito Migajas, ¿quieres ser muñeco?

La singularidad de esta pregunta tuvo en suspenso á nuestro héroe durante breve rato.

—¿Y qué es eso de ser muñeco?—preguntó al fin.

—Ser como yo. La naturaleza muñequil es quizás más perfecta que la humana. Nosotros carecemos de vida aparentemente; pero la tenemos grande en nosotros mismos. Para los imperfectos sentidos de los hombres, nosotros carecemos de movimiento, de afectos y de palabra; pero no es así. Ya ves cómo nos movemos, cómo sentimos y cómo hablamos. Nuestro destino

no es, en verdad muy lisonjero por ahora, porque servimos para entretener á los niños de los hombres, y áun á los hombres mismos; pero en cambio de esta desventaja somos eternos.

—¡Eternos!

—Sí, nosotros vivimos eternamente. Si nos destrozan, renacemos de nuestras cenizas y tornamos á vivir, describiendo sin cesar un tenebroso círculo desde la tienda á las manos de los niños y de las manos de los niños á la fábrica tirolesa y de la fábrica á la tienda, por los siglos de los siglos.

—¡Por los siglos de los siglos!—repitió Migajas absorto.

—Pasamos malísimos ratos—añadió la señora—pero en cambio de eso no conocemos el morir, y nuestro Genio Creador nos permite reunirnos en ciertas festividades para celebrar las glorias de nuestra raza, tal como lo hacemos esta noche. No podemos evadir ninguna de las leyes de nuestra naturaleza; no podemos pasar al reino humano, á pesar de que á los hombres es dado venir al nuestro, convirtiéndose en verdaderos muñecos.

—¡Cosa más extraña!—exclamó Migajas lleno de asombro.

—Ya sabes todo lo necesario para la iniciación muñequil. Nuestros dogmas son muy sencillos. Ahora medítalo y responde á mi pregunta: ¿quieres ser muñeco?

La princesa tenía un aire de sacerdotisa antigua, que cautivó más á Pacorruto.

—Quiero ser muñeco—afirmó el granuja con aplomo.

Y al punto la princesa hizo unos endiablados signos en el espacio, pronunciando varias palabrotas, que Pacorruto no sabía si eran latin ó caldeo, pero que de seguro serían tirolés. Después la princesa dió un estrecho abrazo á Migajas, y le dijo:

—Ahora ya eres mi esposo. Yo tengo poder para casar, así como lo tengo para recibir neófitos en nuestra gran institución. Amado esposo mio, bendito seas por los siglos de los siglos.

Toda la cohorte de figurillas entró de repente cantando con música de canarios y ruisenores: "Por los siglos de los siglos."

XIII.

Discurrieron por los salones en parejas. Migajas daba el brazo á la princesa.

—¡Es lástima,—dijo ésta,—que nuestras horas de placer sean tan cortas! Pronto tendremos que volver á nuestros puestos.

Pacorruto Migajas experimentaba desde el instante de su transformación, sensacio-

nes muy extrañas. La más extraña era haber perdido por completo el sentido del paladar y la noción del alimento. Todo aquello que había comido, era para él como si su estómago fuera una cesta ó una caja y hubiera encerrado en ella mil manjares de carton que ni se dijerian, ni alimentaban, ni tenían peso, gusto, ni sustancia.

Además sentía que no era dueño de sus movimientos, y tenía que andar con cierto compas molesto. Notaba en su cuerpo una gran dureza, como si todo en él fuera hueso, barro ó carton. Al tentarse, su persona sonaba á porcelana. Hasta la ropa era dura, y nada diferente del cuerpo.

Cuando se quedó solo con la princesa y la estrechó entre sus brazos, no experimentó sensación alguna de placer divino ni humano, sino el choque áspero de dos cuerpos duros y fríos. Besóla en las mejillas y las encontró heladas. En vano su espíritu sediento de goces llamaba con furor á la naturaleza. La naturaleza en él era una piedra. Sentía palpitar su corazón como una máquina de reloj. Sus pensamientos subsistian, pero nada más. Lo restante era todo lo que puede ser un muñeco.

La princesa se mostraba muy complacida.

—¿Qué tienes amor mio?—preguntó á Pacorruto viendo su expresión de desconsuelo.

—Me aburro soberanamente, princesa,—dijo el galán.

—Ya te irás acostumbrando. ¡Oh, deliciosos instantes! Si durarais mucho, no podríamos vivir.

—¡A esto llama delicioso vuestra alteza!—exclamó Migajas—¡Dios mio! qué frialdad, qué dureza, qué vacío espantoso, qué rigidez de muerte!

—Tienes aún los resabios humanos y el vicio de los escandalosos sentidos del hombre. Pacorruto, modera tus arrebatos ó trastornarás con tu mal ejemplo á todo el imperio muñequil.

—¡Vida, vida, sangre, calor, nervios!—gritó Migajas con desesperación, agitándose como un insensato.—¿Que es esto que pasa en mí?

La princesa le estrechó en sus brazos y besándole con sus rojos labios de cera, exclamó:

—Eres mio, mio por los siglos de los siglos.

En aquel instante oyóse gran bulla y muchas voces que decían: "La hora, la hora!"

Doce campanadas saludaron la entrada del Año Nuevo. Todo desapareció de súbito á los ojos de Pacorruto: princesa, pala-

cio, muñecos, emperadores, y se quedó solo.

XIV.

Se quedó solo y en oscuridad profunda.

Quiso gritar y no tenía voz. Quiso moverse y no tenía movimiento. Se sentía piedra.

Lleno de congoja esperó. Vino por fin el día, y entonces Pacorrito se vió en su antigua forma; pero todo de un color, y al parecer de una misma materia: cara, manos, ropa, cabello y hasta los periódicos que tenía en la mano.

—Ya no me queda duda—exclamó llorando por dentro.—¡Soy de barro!

Vió que frente á él había un gran cristal con algunas letras del revés. A un lado multitud de figurillas y objetos de capricho le hacían compañía.

—Estoy en el escaparate. ¡Horror!—pensó.

Un mozo lo tomó cuidadosamente en la mano, y después de limpiarle el polvo lo volvió á poner en su sitio.

Pacorrito vió que en el pedestal donde estaba colocado, había un papel con esta cifra: *240 reales*.

—Dios mio, es un tesoro lo que valgo. Esto al ménos le consuela á uno.

Y la gente se detenía por la parte afuera del cristal, para ver la graciosa escultura de barro amarillo representando un chico ofreciendo periódicos y cajas de fósforos. Todos alababan la destreza del artista; todos se reían viendo la expresiva fisonomía y la chabacana figura de Pacorrito Migajas; mientras éste en el fondo de su insensible barro no cesaba de exclamar con angustia:

—¡¡Muñeco, muñeco, por los siglos de los siglos!!

B. PEREZ GALDÓS.

 LA MONARQUÍA ASTURIANA.

D. ALFONSO EL CASTO.

791 á 842.

(Continuacion).

IV.

El espíritu progresivo de orden, el desarrollo natural de una sociedad tan fuerte y sábiamente dirigida, despertó desde lue-

go ideales y aspiraciones olvidados ó desconocidos en los primeros momentos de la reconquista: los hechos que tales ideales determinaban pedían un derecho que los sancionase; y de aquí que por la fuerza y el peso de las circunstancias, á falta de tiempo y espacio para la sancion y proclamacion de sus nuevas leyes, tornase la vista al pasado y proclamase la necesidad de regirse "*Secundum legem ghotorum*." La lógica incontrastable de este hecho no podía ménos de abarcar á todos los organismos del Estado y por ello que tan pronto como las condiciones de los tiempos permitiesen celebrar asambleas religiosas, la iglesia aspirase á regirse "*juxta ghotorum antiqua concilia*."

Sin pretender sostener la autenticidad á lo que no la tiene, cual sucede al concilio ó concilios que segun las intercalaciones hechas por el célebre Obispo D. Pelayo sobre uno de los originales del cronista Sampiro, convocados y celebrados por la autoridad real, en la forma y modo que el padre Risco intenta sostener y probar por virtud de las falsas actas que sobre aquél y éstas, —pues de todo hay—segun las coleccionó el señor Aguirre y segun existen en el libro Gótico de la Catedral de Oviedo; es lo cierto que después de haber engrandecido el Casto á su corte y terminado su basilica Catedral de San Salvador, sino convocó el concilio á que las falsas actas se refieren, es más que posible, es casi seguro que convocase el que, si bien no nos queda de él más que una indicacion, se dice sobre documento auténtico celebrado el año 832 en vez de 812 á que aquellas se refieren. (1) De todos modos, con concilios ó sin ellos no puede negarse que el Casto iba poco á poco restableciendo el derecho Gótico y la disciplina del mismo con relacion á los organismos generales del Estado que en aquella época, como en tiempo de D. Fruela, parece andaban asaz desordenados por intereses tales y tan opuestos que al intentar aquel rey regularizarlos originaron su trágica cuanto misteriosa muerte.

Hechos tales no necesitan ser ampliados ni robustecidos con actas de otros más ó

(1) Et hæc scriptura, quam in Concilio edimus et deliberavimus, permaneat in omni robore. (España sagrada, tomo XL, p. 372). Esta escritura de donacion hecha por el Casto á la Iglesia de Lugo cuya autenticidad no ha sido discutida, viene á darnos la clave del fundamento y origen sobre que descansa la falsedad de las actas que acusan el concilio de 812, demostrándonos que el error se refiere sólo á una cuestion de fecha y texto quedando por lo tanto en pié el hecho del concilio que á no dudar se verificó segun esta escritura citada en 832.

ménos apócrifos: su importancia y significación es tal y tan fuerte, que si no produjeron la convocación material del concilio ó concilios de 812 ú 832, ni ménos la sanción y elevación á metropolitana de la Iglesia ovetense, no por ello desmerecen en nada, marcando como marcan necesidades y aspiraciones informadas por el derecho Gótico que vienen á revestir á Oviedo y su Iglesia de toda la importancia y significación real que las fórmulas conciliares y la proclamación oficial del derecho antiguo tenía necesariamente que darla por la influencia política y religiosa que con relación á las demás Iglesias y obispados le cabía en aquel momento histórico, hallándose como se hallaba en el centro general de movimiento y acción de la monarquía.

V.

La excesiva bondad, al par que poderosa energía de D. Alfonso cortó por el pronto las intrigas y ambiciones bastardas de los que de tiempo atrás venían viviendo á la sombra de la anarquía y el desorden; mas su orgullo y rebeldía no podía adaptarse al ejercicio libre y activo de la autoridad real en lo que tenía de reformadora y progresiva, por sabia y modestamente que se manifestase; y por ello sublevose el ánimo de los descontentos de todas las épocas, que sólo respetan la autoridad y el poder por ellos y para ellos creado, como medio eficaz de saciar sus ambiciones y no como fin del bien comun y del verdadero progreso.

Tal ha sido sin duda alguna el origen y fuente de la sublevación que algunos de los vasallos levantaron contra la autoridad real. (1) Los peligros que la sublevación acusaba, apenaron el ánimo de D. Alfonso y, tan gráfica como elocuentemente dice Carballo, "*colocaron al rey en un grave aprieto.*" La resolución que desde su juventud había tomado, de no verter por su persona y derecho la sangre de sus súbditos, le inspiró la idea de retirarse al monasterio Avilense, 802 (2) con el fin de asegurar su persona, ganar tiempo y preparar en lo posible los medios de ahogar en paz el fuego de la rebelión.

Prudencia tanta, podía bien traducirse

(1) Lafuente lib. III.

(2) Avilense. Carballo pretende que este monasterio estaba en Avilés y lo deduce de la analogía del nombre; mas Ocampo con mejor crítica y acierto, demuestra que este monasterio era el de S. Julian de Jamos, llamado Agaldense por ser los monges fundadores hijos del Agaliense de Toledo.—Lib. 7 p. 427 de la crónica de España.

por las masas y hasta por los hombres de guerra como debilidad ó indiferencia, ya que no como una verdadera apostasía de sus deberes de rey; y de aquí que sublevase el ánimo de los buenos hijos de Asturias, quienes concedores del valer de D. Alfonso y animados por la resolución y esfuerzo de un noble caballero francés, Eudo, que como pariente del rey por su madre doña Munia hacía tiempo venía peleando bajo la bandera de D. Alfonso á quien había jurado pleito homenaje, juntaron huestes y ante la obstinación de los rebeldes se declararon en favor de la combatida autoridad real; la que, sin poder eludir ya la actitud resuelta de su pueblo, se colocó á su cabeza venciendo y batiendo al fin á sus rebeldes súbditos.

Quien así se conducía abrigaba á no dudar en su corazón un exceso de bondad y patriotismo tal que en momentos dados podía hasta llegar á ser peligroso. Su conducta y el silencio de los cronicos nos hacen ver en apoyo de la afirmación sentada, que, el que había sabido olvidar al subir al sòlio las injurias que con tal motivo le habían hecho arrebatándole la corona y cambiando su derecho por la ambición bastarda de Mauregato, saltando por sobre los fueros de la elección, no podía tomar tampoco venganza sangrienta de los que, quizá por segunda vez, afectados por las reformas, mejora de la disciplina civil y demás intereses que se intentaba regularizar, acudían de nuevo al arma de la insurrección y la rebeldía para defender y anteponer intereses de clase y bandería á los generales del pueblo asturiano.

La perturbación y las consecuencias de este suceso quebrantaron algun tanto la armonía general de las fuerzas vivas que impulsaban el movimiento de reconquista, retardando así los frutos de la victoria y de la nueva era político-administrativa inaugurada por la voluntad real; cuyos hechos materiales y morales se traducen, aún hoy, por las obras que de aquel tiempo se conservan en la Catedral de Oviedo, Iglesia de S. Juan, S. Tirso, Santullano, convento de S. Pelayo y Cruz de los Angeles, que acusan aumento de población, mejora de costumbres y cultura social á la altura ya de una civilización tan jóven, como robusta y expansiva.

VI.

La noticia de la rebelión y el relajamiento de relaciones é intereses que ella acusaba, llegó á no dudar al campo de los ene-

migos de la monarquía asturiana, resonando seguramente en el oído de las huestes moras, como la hora del desagravio, despertando en ellas, al par que la idea de guerra é invasión, el deseo de vengar y desagraviarse de las derrotas anteriores y toma de Lisboa por D. Alfonso; aguijones ambos poderosos que encendieron una vez más la hoguera de los combates ayudando á la obra de reorganización de los bandos asturianos ante el peligro común, con lo que vinieron á quedar compensados para el rey los disgustos y sinsabores sufridos en el monasterio Avilense á causa de la insurrección indicada.

El temor de un exceso de mal engendra muchas veces el bien y auna las voluntades dispersas para defender á la patria de la invasión y el esterminio. Ante el peligro común el pueblo astur olvidó todo, y por ello, en premio de conducta tan noble y generosa, no podían dejarse esperar para él las victorias de Naron á orillas del río Anceo (Galicia) añadiendo con ellas dos timbres más de gloria á los muchos que formaban la ejecutoria y el escudo de tan noble como esforzado pueblo.

D. Alfonso entonces, como siempre, supo aprovechar y dirigir, con habilidad y patriotismo, con fortuna y abnegación, en bien de todos, el movimiento instintivo de salvación con que en las crisis sociales se había distinguido siempre la nación española, y sin pérdida de momento, al tener noticia de la invasión que en su territorio intentaban hacer los dos ejércitos mandados por los valientes y esforzados capitanes Alubabaz, Alcoren y su hermano Melich (1) levantó pendones y salió directa y resueltamente al encuentro del primero, venciendo en el sitio llamado Naron.

La victoria llama á la victoria, como la lucha á la lucha, y de aquí que con el esfuerzo de valor y energía que presenta siempre la ya adquirida por medio de una primera batalla, aceptó y buscó confiado la segunda, derrotando, como derrotó en ella al segundo ejército enemigo en el río Anceo. El éxito coronaba los esfuerzos de todos y estrechaba más y más los lazos del bien común.

Los despojos y botín de estas dos batallas, premio digno de tanto valor y energía, iban pronto á ser un manantial fecundo de

mejora social en las artes y en la agricultura, traducido todo en construcciones de nuevos monumentos, de oración y trabajo unos y de utilidad general otros; en la forma y modo que los albores de aquella civilización permitían.

La avaricia por el bien que constantemente aguijoneaba la voluntad de D. Alfonso, recibió un poderoso auxilio con las ventajas de estas batallas, que venían á ensanchar el horizonte de su monarquía. El principio y deseo de la prosperidad pública empezaba á dejarse sentir y su sanción se ratifica ya por un aumento de fuerza y bienestar en todos los órdenes del Estado, como medio y fin seguro de identificar el término y extensión de su poder con los intereses y fuerzas todas que formaban y dirigían la marcha natural de la renaciente nacionalidad española.

Al reanudar D. Alfonso el derecho gótico con los nuevos usos y costumbres, resucitaba en parte el derecho público y civil de la entonces rota nacionalidad española, echando de nuevo los cimientos de un gobierno que separándose del que la había regido durante la dominación romana, tomaba los principios de la constitución política en que descansaba la civilización goda española, que ni era democrático como el de la república, ni despótico y autoritario como el de los emperadores y si templado y progresivo hasta cierto punto, encerrando como encerraba elementos de orden y libertad ajenos é independientes en muchos casos á los sistemas destructores que la plenitud del sistema feudal nos ofrece, ya por aquella fecha, en otras naciones de Europa.

El levantamiento de la disciplina y del derecho gótico, no era, pues, sólo en beneficio de las cosas é intereses eclesiásticos; éralo también en cuanto á los generales del país. El doble sello del civil y eclesiástico que el organismo político de los godos resucitaba, acusaba ya la idea de los concilios toledanos, en los que con tanto tino se trataba de las leyes civiles—aunque no así por desgracia de las políticas—con asistencia de la nobleza y clero, y del pueblo como elemento pasivo y de mera, aunque no necesaria, aprobación, tenía que dejarse, como desde luego se dejó sentir, en el desarrollo de la nueva constitución del país, resucitando el derecho público y civil del Imperio godo en lo que las circunstancias permitían.

Así y sólo así, es como D. Alfonso consideró, y como nosotros tenemos que considerar, éstos y los demás concilios, hasta

(1). Lafuente, separándose de Carballo, Mariana y demás historiadores anteriores, tomando por guía la nomenclatura de Conde llama á estos caudillos Abdala y Abdelkerina.—Conde, cap. 35.—Sebastian de Salamanca, crónica núm. 18.

que unos y otros se trasformaron en el fuego sagrado de nuestras libertades y de la constitucion mista de democracia y privilegio que presidió más tarde al desarrollo político moral de la sociedad española.

MARIANO M. VALDÉS.

(Concluirá.)

COSAS DE LOS ÁRBOLES.

En el hombre que ama la naturaleza y que pide á la dialéctica del corazon sus poderosos argumentos, fácil es llegar á comprender una verdadera pasion por esos titanes del reino vegetal, que al levantarse sobre las menudas yerbecillas que los rodean, originando un contraste asombroso, al extender sus brazos que retuercen como sintiendo en las entrañas sordos y dolorosos anhelos, al erguir su copa para recoger en ella el húmedo aliento de la nube, al repartir sus nudosas raices como crispados dedos que se asen á la tierra y hacen presa en ella con ansias extrañas, al ofrecer en su cuerpo profundas heridas que abre el tiempo allí como en todo, al presentarse desnudos y huesosos con el invierno, ataviados y espléndidos con la primavera, sirviendo á los pájaros de albergue, de proteccion y encanto al hombre, de abrigo á los valles, de tentacion á la tempestad.... parecen entrañar tantas semejanzas con nuestra vida, con nuestros sentimientos, con nuestras aspiraciones, con nuestras mudanzas y con nuestros recuerdos. Que el hombre ha visto clara esta paridad, bien claro lo dice el llamar *árbol genealógico* al proceso de la vida en la especie, al distinguir en el orden del conocimiento las diferentes *ramas* de la ciencia, al usar de continuo metáforas por las que pretende hacer sensible lo que más respeta é influye en su existencia. Y si ese hombre es poeta, como lo era por ejemplo nuestro Duque de Rivas, ¡cuánto no le dice la vista de *un árbol*, á cuya sombra jugó acaso de niño, en cuya corteza hay acaso señales que corresponden á las que el adolescente llevó en su corazon, cuyo tronco será tal vez mañana, el timon de la nave que le traiga á sus lares, la tabla que le salve del naufragio, el ataúd en que duerma el sueño último! Y si ese hombre llega, por especialísimas circunstancias, á adquirir una suerte de monomanía por los árboles, ¡cuántas y cuántas fantasías extra-

ñas no le hacen expresar en apasionado lenguaje!

Ya que entramos en este campo, permítasenos confirmar esto último recordando un verídico suceso en que fué parte pasiva quien estas líneas escribe.—Visitábamos en compañía de uno de aquellos *monómanos* los deliciosos jardines de Aranjuez, donde, como es sabido, hay ejemplares admirables y numerosos de esos seres que tan bien hace hablar la pluma de D. Ramon de Campoamor en su *Drama universal* y el lápiz de Gustavo Doré en sus ilustraciones del *Ahsverus*. La tarde era apacible, hallábamonos sentados en rústico banco y teníamos en frente perfectamente formulada la proposicion de un discurso que no se hizo esperar y del que sólo daremos el comienzo, como muestra y como base de deduccion para nuestros lectores.

—“Desengañese V.—decia nuestro compañero, en cuya oratoria se veía á un tiempo al iluminado y al tribuno:—los árboles son el gran factor de la historia, el patriciado de la naturaleza, el grande y eterno símbolo de la vida. Apenas abrimos ese primero sublime idilio que se llama el “Génesis,” al leer la sencilla descripcion de aquellas paradisiacas regiones en que moraron nuestros padres, observamos ya que los árboles figuran allí como un elemento de la magnificentísima belleza del Edem, y que uno de ellos, el de la ciencia del bien y del mal, sirve á Dios para escribir en su corteza el precepto de obediencia y acatamiento á su soberana autoridad. Dios que traza los signos de su poder con fulgor de estrellas en el tendido lienzo del espacio, con nieve de espuma sobre el abismo de las aguas, elige entonces un árbol humilde para consignar la ley, como más tarde elige otro para morir en él y lograr que reaparezca, merced al místico reactivo de su sangre preciosa, el olvidado precepto. Cae Adam, blanda y traidoramente empujado por la mano de Eva, en el sumidero de la culpa; y cuando la luz palidece, y despliegan por primera vez las sombras sus funebres pabellones, y muere en la garganta de las aves su trino inefable, y sube una ola de vergüenza á encender el rostro de los pecadores, y crece el enojo terrible del Criador, y un ángel, bello en su misma ira, blande la espada de llama sobre la abatida cabeza de los ántes felices esposos, estos corren rápidos al árbol de anchas hojas que no se las niega para cubrir su desnudez, poco há tan cómoda y natural y ahora tan inconveniente y oprobiosa. Llega un día en que corrompida toda carne y bas-

tardeado todo principio de rectitud, decreta Dios que las cataratas del firmamento se abran y se anegue el planeta en turbulentas ondas, en las cuales habrían de perecer cuantos hombres le poblaran; y el justo Noé, el único que, con su familia, iba á escaparse del severo fallo, llama al árbol en su ayuda, pídele los materiales precisos para construir el arca colosal donde habrían de albergarse en su compañía una pareja de cada especie de la terrestre fauna. Y llevó á cabo su empresa, y bien podemos decir que sobre la cumbre empinada del Ararat obtuvo el árbol, terminado el diluvio, otra nueva ejecutoria de nobleza y un nuevo respetable timbre. Otro día llega en que trepa á las soberbias crestas del Sinai el inspirado guía del pueblo de Israel. Ruje la tempestad en las alturas, habla el Señor con la voz prepotente del trueno, escribe con la fulgurante luz del rayo, entrega á Moises el testimonio de sus mandamientos, y al descender éste envuelto entre arremolinadas nubes, agitados su revuelto cabello y su luenga barba por el viento del desierto, trae en sus manos las *tablas* del Decálogo, y una vez más la arbórea sustancia se dignifica y es objeto de la divina predilección. Cada hombre debía reproducir sobre su corazón el contenido de las tablas augustas, especie de *cliché* maravilloso de donde tenían que salir innumerables copias...."

Por ahí adelante, y sin que la entonación un punto decayese, prosiguió nuestro compañero, pasando de lo sagrado á lo profano, de lo legendario á lo histórico, de lo más antiguo á lo más próximo, para terminar su apologética tarea con la mención del memorable árbol de Guernica, que le sirvió de pretexto para nuevas y más calurosas expansiones. Nuestro compañero era á más de *arbófilo* extravagante, un vasco de pura sangre.

Pero no necesitamos apelar á casos singulares, ni á fantasías propias para verificar la influencia que sobre el hombre han ejercido y pueden ejercer los árboles, pues ahí está la historia para decirnos cuanto de sobrenatural y adorable vieron nuestros antepasados en las sombrías selvas. Los pueblos han comenzado por ser poetas para ir caminando hacia la filosofía; tal vez por eso, por significar los desarreglados vuelos de la imaginación un estado primitivo, los pensadores, incluso el divino Platon, miraban con malos ojos y hasta como dignos de ser desterrados de la república á los soñadores vates; aunque también por lo que suele servir de cortejo al triunfo de

las facultades serias y frías, alguno pudo exclamar: "¡sed insaciable de la averiguación de lo desconocido, germen infausto de la desventura y de la corrupción humana! Costóle al cielo la sangre de un Dios y el llanto de los serafines... Qué mucho que cueste á tantos hombres toda la sangre de su corazón y las lágrimas de toda su vida!" Y conste que esto no es renegar de la ciencia. Victor Hugo no se declaró partidario de la ignorancia por escribir que si Vasco de Gama y Colon hubieran sido verdaderamente ilustrados, no hubieran descubierto el cabo de las Tormentas ni el nuevo mundo.

Como decíamos, el hombre inculto vislumbra en el fondo de los bosques misterios que le llevan al terror, al desvarío y á la adoración. Una mujer, la princesa Dora d'Istria, ha reasumido hace poco en un interesante trabajo los datos que las obras de Schwartz, Kuhn, Mannhardt, Gubernatis y otros contienen y se refieren á este asunto: El Oriente y el Occidente, los indios como los galos, los persas como los griegos, el Africa como la América, conservan en sus teogonias y en sus poemas, en sus tradiciones y en sus costumbres, señaladas pruebas de la precedente afirmación: Budha, el fundador del grandioso pesimismo adoptado por 400 millones de almas oye en la selva las revelaciones divinas y medita durante siete años bajo el árbol llamado á su vez *Bodhi*, la personificación de la sabiduría; los robles de Dodona revelaban á los pontífices los oráculos del Zeus pelásgico; los druidas tienen sus aras á la sombra de las espesas florestas y con la dorada hoz cortan el muérdago nuevo de las sagradas encinas; para los Niams-Niams africanos es el bosque la morada de los géneos invisibles, y para los helenos como para los italianos de los tiempos antiguos es templo en que sin descubrirse habita la divinidad; los eslavos oyen el cuchicheo de los espíritus en el ludir de las hojas que el viento agita, y en la isla de Ceylan dobla la rodilla el sencillo creyente ante el árbol sagrado que tiene por nombre *Bo*; el mazdeísmo cuenta su "árbol de la vida" y aún opina que el hombre sale como él de la tierra y con apariencia vegetal, y algo análogo revela el *Irnunsul* germánico y el *Skambha* védico; las leyendas árabes como los cuentos rusos hablan de árboles que dan hombres por frutos, y ántes que Virgilio hiciese hablar al cornizo de Polydoro y Campoamor al ciprés de Honorio, ántes que los árboles que sangran al ser cortados se mencionasen en los "Autos sacramentales"

de Calderon, en el "Guillermo" de Schiller y en la "Jerusalem libertada" del Taso, ya corrían cosas semejantes por fantásticas consejas populares de países distintos; conocido es, por último, lo que esa misma imaginación popular atribuye á determinados árboles, ya benéficos y protectores, ya de fatal augurio y maldita sombra, y lo que la magia, corrupción de antiguos ritos, pone de singulares virtudes en su célebre vara que hubo de ser antes maravillosa *cerilla* que con el frote provocaba el magno prodigio del fuego.....

Peró ¡ah! ya pasó todo eso para nunca más volver; pasó por lo ménos para nosotros las gentes cultas, despiertas y sabias, que adoramos en derecho lo espiritual, si algo adoramos al par del dinero, y que no vamos á tomar por dios lo que en son de burla da á las ranas la fábula por rey. Y no sólo no vemos ni pizca de adorable en la floresta umbrosa, sino que maldito el miedo que nos causa el árbol viejo y carcomido bajo el cual no dejaban pasar sus ganados los pastores del siglo VII, ni el bosque preñado de misterios á quien el antiguo *policar* pedía perdon por haberse permitido la libertad de humedecer sus lábios en la corriente que allí manaba y de hollar con su planta irreverente la alfombra de verdino cespéd que allí crecía. Y es, como dijo Espronceda,

porque, "ahora que un sastre es *esprit fort*,
no hay ya vision que nos inspire horror."

—También nuestros medrosos progenitores tenían al mar horror tan grande que jamás cerca de él construían sus viviendas; y he aquí que hoy, los que no tenemos la fortuna de morar de continuo en sus orillas, corremos desalados, apenas el estío llega, á ponernos cerca de ese monstruo inmenso al que Esquilo vió sonreír, cuyo corazón sintió Maury palpar y del que Michelet nos contó tantas cosas entretenidas.

La prueba más concluyente de que han desaparecido las preocupaciones que dominaban á los ignorantes y hasta los restos de respeto, de timidez y de prevision que no ha mucho existían sirviendo de garantía y defensa á los árboles, está en la guerra implacable que ahora les tenemos declarada, hasta el punto de que pareciéndonos procedimientos fatigosos y pesados los que veníamos empleando para arrancar de cuajo ó cortar por el pié los Goliath del reino vegetal, aplaudimos y adoptamos con entusiasmo la sierra de vapor con que M. Rausome da en tierra en pocos minutos

y sin pena alguna con los más soberbios de aquellos. Y téngase en cuenta que á esta obra de destrucción se asocia el planeta mismo, el cual, á medida que los siglos pasan, se enfría y propende á la calvicie, ni más ni ménos que si fuera uno de nosotros:—de Irlanda han desaparecido ya los grandes árboles, la flora glacial invade en Suiza montañas antes cubiertas de bosques, las plantas de la estepa invaden campos antaño fértiles de Alemania, el olivo retrogradó en Francia en ménos de cien años de 15 á 16 kilómetros, y todo acusa una retirada forzosa, que comienza por ser de árboles y acabará por ser de hombres, hácia aquel continente á donde nos manda con el tono profético de la poesía la voz de Victor Hugo, donde se repiten las exploraciones de valerosos viajeros, donde se tiñe hoy en sangre el pabellón británico, donde acaba de ser cosido á puñaladas por oscuros salvajes un noble jóven esperanza de un partido audaz é impenitente, que por fortuna acaba, único consuelo de una ilustre compatriota que ayer compartía un trono y hoy sufre sólo los dolores más acerbos de la vida...

Contra esa guerra sin cuartel los árboles han luchado á su modo, acaso imitando al símbolo que nos representa á Orfeo, ya caído sobre una rodilla, oponiendo por toda arma defensiva al hachazo que sobre él descarga un brazo femenino, la lira de que brotarán tantas armonías. Los árboles contestaron y contestan al ataque recordando sus inmensos beneficios, ofreciendo los últimos con sus despojos, perfumando, si pueden, el hierro que los hiere.

En su resistencia desesperada, los árboles han hecho más. Las campanas de que Boileau nos habla

Pour honorer les morts, font mourir les vivants,

y ellos, por el contrario, para salvar en parte á los vivos, nos entregan sus muertos; sus muertos que yacían en paz en el seno de la tierra, que el trascurso del tiempo había ido petrificando y confundiendo en masas uniformes, que hoy sacamos en negros pedazos con profusion inverosímil para prestar alas al navío que surca los mares, alientos de monstruo á la locomotora que recorre inmensas distancias, fuerzas sin precedente á la industria universal, remedos de sol á la ciudad que la noche cubre de sombras, *confort* y utilidades á las familias más humildes, y para conseguirlo todo y en primer término, trabajo y sustento á más de ochocientos mil hombres.

¡Cuántos secretos y cuánta riqueza lle-

gamos á descubrir en esos hondos y dilatados cementerios de los árboles que hace miles de años eran frondosos bosques y hoy son abundantes minas de carbon fósil! —En aquellas pretéritas edades, en que apenas la vida animal era posible y en que, por el contrario, todo concurría al desarrollo y esplendor de los árboles, poblaban éstos las recortadas islas que parecían surgir del fondo del abismo para servir de pedestal á su grandeza. El aire, cargado de carbono, los acariciaba brindándoles al par el más sustancioso alimento, y los mares escuchaban atentos el murmullo de sus hojas para repetirlo después por los siglos de los siglos. Los helechos de limpio tronco y de aplastada y redonda copa, los licopodos de escamosa corteza y de profusas ramas, las gentiles sigilarias de acanalado tallo y con sus hojas alineadas en correcta formación, familias, en fin, diversas de árboles gigantescos ya extinguidos ó que hoy son plantas insignificantes, convivían allí en dulcísimo consorcio, en calma tan completa, que ningún ruido á no ser el del pez que saltaba en el agua ó el del reptil que chapoteaba en el fango, interrumpía sus amigables coloquios y sus goces inocentes en medio de la abundancia y en el apogeo de la vida.

Esos árboles que tan felices vivieron, durmieron en paz también, como va dicho, el sueño de la muerte bajo sudario de tierra, hasta aquella revelación que sus congéneres vivientes hicieron al hombre que los decapitaba sin tregua. Respecto á cómo se realizó tal revelación, algo indica una leyenda del siglo XII en que se habla del primer iniciado, un miserable albeitar de Plenevaux; pues los antiguos pueblos apenas usaron la hulla, y ni aún la citada iniciación primera produjo una mínima parte de la maravillosa explotación que hoy se está llevando á cabo en el viejo y en el nuevo mundo, pues es sabido que la pulcra y almidonada sociedad de Luis XIV y de Luis XV todavía rechazaba el carbon mineral por sucio y mal oliente.

Los pobres árboles, después de todo, poco consiguieron con mostrar y abrir sus catacumbas sombrías.—¡Qué mayor sarcasmo que el de que fué testigo recientemente Roupell-Park, donde el *sierra-árboles* era movido por la fuerza del vapor, del vapor producido por la combustión de los negros restos de ilustres progenitores!—Nada tendría de particular en último término, que su bondadosa y abnegada índole hubiera variado algo, que las crecientes humillaciones á que se ve sujeto el hombre

que ahonda en las minas, las nubes de humo que anublan el sol, la reventazón imprevista de las calderas de vapor, el llamamiento que hace al rayo mortífero el erguido soberano de la selva y, sobre todo la súbita inflamación explosiva del temido *grissu* que circula callado por las galerías subterráneas, sean otras tantas manifestaciones de una venganza calculada y hasta cierto punto justa.

Sobre esto, y como confirmatorio de ello, vamos á comunicar, por vía de epílogo, á nuestros lectores, una historia que, mientras anoche dormíamos, nos refirió un invisible genio amigo. Héla aquí reducida á breves descoloridas palabras:

I.

Koaj era un miserable herrero que tenía su fragua á la orilla del camino que lleva á la ciudad.

Las oscuras monedas que caían en su mano pasaban pronto á las del tabernero que le daba por ellas un brebaje áspero y ágrío como blasfemia de judío.

La mujer y el hijo del herrero vivían porque Dios quería, Dios sabe también por qué era el aspecto de Koaj siniestro y receloso y por qué buscaba tan amenudo en el vaso de estaño una alegría pasajera propensa á una cólera temible.

Koaj tenía infinito horror á la muerte.

Había visto un día en el cementerio de la ciudad unos árboles que por su follaje se asemejaban algo á los pinos que crecían en la loma vecina á su fragua, sobre el río.

Desde entonces su primera tarea, apenas despuntaba el sol, era ir á la loma con el hacha al hombro, derribar un pino, y echarle á rodar por la pendiente para que las aguas lo llevaran río abajo.

Los pinos eran pocos y á los pocos días sólo uno quedaba en pié, el más endeble y desmedrado.

Pero ocurrió que el hacha del herrero resquebrajose al dar el último golpe al penúltimo árbol, y Koaj, al volver de la taberna por la noche preparó el fogón á fin de repasar el tosco instrumento que necesitaba para terminar su obra á la mañana inmediata.

Koaj movía el fuelle asiéndose á la cuerda con sus manos callosas y subiendo y bajando los brazos en penosa brega. El carbon no ardía.

Copioso sudor bañaba ya el rostro del herrero y sólo lograba que los negros pedruscos despidiesen de vez en cuando una que otra chispa que le saltaba al rostro.

—¿Porqué no ardeis malditos? gritó el herrero con ronca voz cediendo al cansancio y rabioso de ira.

—Sólo la cólera podría enrojecernos, pero ahogáremosla hoy para que no consigas disponer tu hacha implacable que irá pronto á derribar al solitario pino que en la loma queda. Somos los huesos de sus antepasados y no ha de verse que nosotros procuremos su muerte. También los huesos entienden de este género de amor y de respeto que merecen la familia y los semejantes. Cain no tentó siquiera en suicidarse con la quijada del bruto que le sirvió para matar á Abel.

—Perdonadme—replicó Koaj con afectada humildad,—mas ya no se trata de mi hacha: otros trabajos necesito hacer para cumplir mis compromisos y ganar el pan de mi familia.

—¿Juras que es así y que el árbol vivirá?

—Os lo juro por mi negra vida y por la del hijo de mi mujer.

—Pues aplica lumbre y sopla cuando quieras.

II.

Cogió el herrero un cuchillo de palo que encontró á mano, hizole menudas astillas que colocó debajo de los lustrosos carbones y avivó con el fuelle el pequeño residuo de brasas que en el fogon quedaba.

Un hermoso fuego no se hizo esperar y Koaj trabajó en los encargos de sus parroquianos como un Vulcano de la decadencia.

Cuando las llamas eran más vivas y al tiempo mismo que verificaba otra tarea, Koaj metió al soslayo en la fragua el hacha destructora, mascullando aún, por si alguien le oía, protestas de que únicamente trataba de repararla para inocentes usos.

Hecho esto, Koaj se durmió.

Cuando despertó era dia claro. Con la luz del sol aumenta el número de los valientes, y Koaj se rió de sus pasados miedos y atribuyó á desvaríos de su borrachera ciertas confusas memorias de la noche.

Al salir á la puerta de la fragua, lo primero con que dieron sus ojos fué con el pino solitario, tan parecido á los árboles del cementerio. Koaj tomó un aspecto sombrío.

Al poco rato iba con el hacha al hombro camino de la loma. El cielo estaba oscuro y el poco viento que corría era sofocante como la respiracion de un demonio.

Antes que Koaj llegase á la loma gruesas gotas de agua cayeron con estrépito y el zumbo del trueno rodó por el espacio.

Koaj repetía los golpes de hacha apresuradamente al rededor del tronco del pino que ya empezaba á crugir. Un relámpago y un trueno espantosos llegaron casi á un tiempo.

El herrero cayó herido por el rayo al pié del pino y, convertido en inerte pedazo de carbon oscuro, rodó por la pendiente y se hundió en el rio.

III.

El hijo y la mujer del herrero extrañaron por de pronto la desaparicion de este y acabaron por alegrarse casi de ella. Tenian ménos duelos y más pan.

El hijo hizose mozo y buscó trabajo en las minas de hulla de New-Plunder, en el valle próximo.

Su naturaleza aveníase á maravilla con aquella vida troglodítica de los hulleros. Cuando miraba á la luz del sol su rostro tiznado y su mugriento traje, hacía zurdos guiños á las campesinas de megillas rosadas y golpeaba con sus dedos de acero en su faltriquera para hacer *cantar el grillo*.

Al oscurecer de un hermoso dia, explosion terrible conmovió el valle entero en que estaban las minas de New-Plunder.

Por los pozos de bajada y de aire salieron con furia largas lenguas de fuego y después bocanadas de humo fúnebre y denso. El pueblo en masa acudió al lugar del siniestro; y las voces de mando de unos, los alaridos de otros, el trágico de todas aquellas gentes que se agitaban entre las sombras y la humareda axfisante, ofrecía un cuadro que podría creerse copia de alguno del infierno.

Trabajóse toda la noche para procurar la salvacion de los mineros.

Al rayar el alba numerosos repugnantes cadáveres veíanse tendidos en fila no léjos de los pozos.

Por entre la multitud que servía las bombas, conducía las camillas y corría de aquí para allá con aire de estupor y de idiotéz, cruzó gritando á grito herido una mujer que llevaba un tierno niño en sus brazos, el cabello suelto y los vestidos en desorden.

La joven calló y puesta de rodillas comenzó á examinar aquellas víctimas mutiladas y hediondas.

De pronto lanzó un nuevo grito, abrazóse á un cadáver y exclamó:

—Jorje, Jorje de mi alma!

Uno de los camilleros detúvose al pasar y, al oír á la desventurada mujer, acercóse á ella y le dijo:

—Esos son los del piso último y ese no puede ser tu Jorje. Por ese guiñapo de blusa le conozco: es el hijo del *emigrado*, el hijo del herrero Koaj.

FÉLIX DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

JUNTA MAGNA
SOBRE EL PUERTO DEL MUSEL.

La Liga de contribuyentes de Oviedo ha circulado una expresiva convocatoria, que se extiende á cuantos en Asturias se interesan por la prosperidad de la provincia, para una reunion que debe celebrarse mañana á las doce en el espacioso local del Circo y cuyo objeto es tratar ampliamente la hoy cuestion batallona del Puerto del Musel, que ha venido á renacer con creciente brío y con significativas variantes por virtud de la Real Orden publicada en la *Gaceta de Madrid* el 7 del pasado mes.

Como ya hemos dicho, esta orden, por la que se declaró caducada la concesion expedida á favor del Sr. Ruiz de Quevedo en 18 de Diciembre de 1872, termina con un imprevisto artículo 2.º en que se manda abrir una informacion amplia á fin de determinar cual sea el punto preferible para construir un puerto en la concha de Gijon; artículo, repetimos, con que nadie contaba, porque todos sabían una historia que, referida en breves términos, implica lo extraño de tal segunda parte.

Determinado por un Real Decreto de 17 de Diciembre de 1851 sobre construccion y conservacion de Puertos "que las obras y limpiezas de estos, siendo de interés general, se costeen en totalidad por el Estado," y consignado en el art. 4.º del correspondiente Reglamento "que era de interés general uno de REFUGIO en la costa de Asturias," se expidió en 30 de Julio de 1860 otra orden mandando hacer el estudio de este, á fin de fijar el punto más conveniente para su emplazamiento, y entonces fué cuando se formularon dictámenes y pareceres de todo género y se abrió discusion prolija y detallada sobre cuestion tan palpitante y trascendental, siendo de advertir que los que opinaran por la concha de Gijon no defendieron que tal Puerto fuera factible en otro punto que en el Musel. Esto se inclinó á creer la gran mayoría de los asturianos, esto decidió, tras de estudios que se le encomendaran, el ingeniero Sr. Regueral, estudios luminosísimos y meditados á que apenas podría hoy añadirse cosa

alguna; con esto se armonizaron informes del Ministerio de marina, del Gobernador y Junta de Agricultura, Industria y Comercio, del Inspector del distrito, de la Junta consultiva de caminos canales y puertos; y esto, tras de tan abundantes noticias y tan continuados trámites, vino á proclamar y resolver definitivamente la Real Orden de 10 de Marzo de 1865.

Ahora bien: puesto que en nada variaron las condiciones de la concha de Gijon, puesto que cuantos datos hacen falta están ya suministrados en definida forma, puesto que la ciencia y la opinion pública siguen de acuerdo en punto tan decisivo para los intereses más sagrados, abrir hoy una informacion nueva, comienza por ser inútil ó poco ménos, sigue por irrogar otros aplazamientos, después de tantos y tan sensibles, y acabará por hacer acaso ilusoria para Asturias la construccion de un gran puerto comercial (sin el que su vía férrea no puede gozar verdadera vida ni pueden sus grandes riquezas mineras y de otra índole prosperar), é ilusoria tambien para la humanidad la esperanza de hallar en el proceloso Cantábrico un refugio que evite en lo sucesivo desgracias como las que con harta frecuencia llora.

¿Duda el Sr. Ministro de que el Musel no sirva para Puerto de refugio? ¿Cómo y por qué duda ahora y qué clase de noticias tiene que valen, por lo visto, más que todos los datos oficiales, públicos, numerosos, reunidos tiempo atrás? ¿Por qué su duda queda encunada en la concha de Gijon y no se pide informacion sobre la de Artedo, Luanco, Lastres y otros sitios que ántes anduvieron en tela de juicio? ¿Se trata ó no se trata de un puerto de refugio y comercial á la vez? Lo que en otro punto de la concha de Gijon distinto del Musel quieren algunos que se haga, ¿reune en todo caso ó puede reunir ambas condiciones? Abandonado el proyecto del Musel ¿no se responderá mejor á la letra y al espíritu del Decreto y Reglamento de 1851, á los intereses generales y al supremo de la justicia saliéndose de las estrecheces de la última orden? ¿Por qué se llama á declarar al particular ménos docto en estos asuntos y se eliminan pareceres facultativos pertinentes y luminosos? ¿Qué significará ese *plebiscito* y quién se va á entretener después en el análisis cualitativo y cuantitativo de las individuales opiniones?

Hay para nosotros tantas cosas confusas en esta resolucion del Sr. Ministro y en sus consecuencias, que de veras ansiamos oír mañana lo que se dice, expone y acuer-

da en la junta magna que va á celebrarse. Allá iremos con nuestra sed de luz y de ilustracion y con cuantos buenos deseos abriguemos; aunque no hemos de poner hoy punto final en estas breves líneas, sin protestar contra ciertas especies extemporáneas y ciertas afirmaciones imprudentes que con sorpresa vimos puestas en letras de molde. Oviedo no es *enemigo eterno* ni temporal de nadie; podrán los que han nacido aquí equivocarse en sus juicios pero ninguno tiene derecho á juzgar de plano sobre las intenciones, ni á calificarlas con indisculpable ligereza, ni á suponer que dos pueblos cultos y que respectivamente tienen elementos de vida propia y digna; están dispuestos á parodiar escenas ya olvidadas en remotas aldeas.

Tal conducta, sobre ser temeraria y censurable, es contraproducente. Y no decimos más.

POESÍA EN DIALECTO ASTURIANO.

¡COSES DEL MUNDO!

¿Que yé 'sti mundo pa 'l que non tien vianda,
nin cueye trigo, nin maíz, ni escanda?
¡Una llamuerga, solo 'n mió concencia
en que vive faciendo penitencia!

PEPON DE PACHU ALONSO.

En nacer y morrer semos iguales
segun diz Xuan el Foscu, los mortales,
y que probes y ricos nos morremos
po la sola razon de que nacemos.
Yo topo muy agudu 'l argumentu
pos ye de chispa 'l mozu y de talentu,
y cierto ye 'n verdá que non morriera
la xente, si primero non naciera.
Mas si en fin y prencipio hay parecencia
mientras dura la vida hay diferiencia;
unos fártense y fuelguen, tienen miles,
y los utros ensiñen los cadriles.
Ansina lo dispunxo 'l Soberanu;
y homilde al so mandatu, el bon cristianu,
sofrir sin mermurar debe so suerte,
que la vida escomienza co la muerte.
¿Los déos de la mano son iguales?
¿Non viésteis al coyer los maizales
con tres panoyes, munchos, aparráos,
y dalgunos sarnosos y xeláos?
Pos lo mesmo asocede á los nacíos....
quiciáes los más tristes y aflixíos
á fuerza de sufrir 'n aqúisti suelu

un llugarín atroquen en el cielu.
Mas golviamos al casu; los pichones,
pavos, pitos, perdices y llacones,
á los probes non dan estomagada...
ye propia de los ricos tal llacuada.
Nunca trien el suelu, siempre 'n coche
van arrepanchigáos dia y nóche;
nin saben que ye azáu nin mesoria,
nin llaviegu, forcáu, nin fesoria.
Todu 'l añu gociendo, muy fartucos,
dúrmen atopadinos como eucos.
Tienen escaños d'oro; muy folgaos,
arrellánense 'nellos, los criáos,
que 'l saber q' apeteecen ye so xera,
euerren per casa sin triar siquiera.
Ruxen esquila pa llamar al ama,
onde comen, escriben y en 'a cama;
y malapenes ye repicotiada,
entra la xente y fái la bonetada.
Escudielles de plata solamente
verás en 'es cocines de esa xente;
de barro non les quieren... ¡porquería!
ye bona pa los probes tal casía.
Galvaneros, fartucos, refalfando,
ye solo 'l so llabor estar folgando
en tanto que los probes desgonciáos
en turriones el sol dexa trocáos.
Dios ansina lo quixo... ta bien fecho;
esmuergue quien lo tenga y bon provecho,
mas ye bono que sépian los señores
les llaceries del probe, y los sudores
que ios cuesta un zoquete de centenu,
que par 'ellos pior ye que venenu.

.....
.....

Ya amanéz, los paxarinos
esnalando so 'l teyáo,
faen dos mil gorgolitos
en el roble y el carbayu.
Lladra 'l perru, berra 'l güé,
pia 'l pitu, canta 'l gallu,
barruntos de que ya 'l alba
cuaya de perles los campos.
Abre los güeyos un probe...
homildicu, bon cristianu,
fái la señal de la cruz;
esperézase, da un saltu,
pon madreñes si les tien
y si non fuxe descalzu,
pero non gurguta 'l vése
en tan llamentable estáu.
Cuerre listu á la masera,
garra de boroña un gaxu,
y lláncia de puru gozu
un ijujú por bucáu.

Acullá... lloñe... 'nel monte,
 con utru ye asonsañáu
 que lu allentá, y per gozосу
 blinca sebes com' un galgu.
 Naide está allí con tortoriu;
 al grande y al pequenacu
 non s'escuende que les fabes
 nacen con munchu trabayu.
 ¡Folgar y comer...! ¡mentira!
 muy lluego d' un berganazu
 se faría 'l galvaneru
 andar más listu q' un gamu.
 Al folganzan non hay moza
 q' en tientes quiera mirallu,
 por más que se desazone
 y sea derechu y guapu.
 Todo 'l mundo allí trabaya
 faiga sol ó esté nubláu
 desque Dios nos umbia 'l día
 fasta vellu arrematáu.
 Anaina q' atapez,
 unu recoxe 'l ganáu
 utru carga con un goxu
 un neñu lleva un forcáu,
 y á carrenderes, pa casa,
 con el cuerpu desgongiáu,
 fartos de mayar tarrones
 con ganas ya d' un bucáu,
 cena 'l que tien... el que non,
 empapiella... pónse á un lláu,
 pide á Dios meyor fortuna
 y dúrmese al fin y al cabu
 pos ye la virtú á sos güeyos
 el tesoru más preciáu.

...
 Esto pasa á los probes... desdicháos!
 y sufren sin quexáse resignáos,
 pos saben que del probe fáise 'l casu
 que se fáí d' una cuca de ñarbasu.
 Quien tien boroña blinca de contentu
 dando gracias á Dios co 'l pensamientu
 y crése tan feliz co 'l so garitu
 com' un señor con un palombu fritu.
 Ansina 'l mundo ye, quien se ve ricu
 meyores frebes mete pe 'l focicu;
 pero 'l que non tien blanca non ye estraño
 ayune sin antoxu tod' un año.
 ¡Que sábiu...! que razon, mialma, tenía
 PEPON DE PACHU ALONSO que decía:
 ¿Qué yé 'sti mundo pal que non tien vianda
 nin cueye trigo, nin maíz, ni escanda?
 "¡Una llamuerga solo 'n mió conciencia
 en que vive faciendo penitencia!"

TEODORO CUESTA.

ECOS Y RUMORES.

Dice Feuillet en una de sus obras, que á cierta edad la imaginacion del hombre no es todavía tan delicada y espiritual que no necesite poner en las mismas imágenes de los ángeles lindos rostros y hermosos ojos para poder amarlos con mayor comodidad y tener gusto mayor en ser amado por ellos.

Subiendo de categoría y habida en cuenta la observacion, bien cabe afirmar que S. Juan es uno de los santos á quien los imagineros lograron hacer más simpáticos y atractivos. Santiago blandiendo la espada y descabezando moros, ó San Gerónimo macilento y estenuado ciñéndose el cilicio, han de provocar seguramente impresiones bien distintas, en el sexo sensible y en la edad florida, de la que causa la vista de un elegido de Dios que lleva rizadito el cabello, la sonrisa en la boca y un corderillo en sus brazos.

Por eso trae consigo la fiesta de San Juan los jardines que la gente menuda improvisa, apelando al boj, al musgo, á la yedra y á la arena, para levantar graciosos arcos, tejer flexibles guirnaldas, trazar caprichosos cuadros y prodigar blancos caminos. Por eso trae tambien las verbenas con sus alegres músicas, sus ramos de flores, sus risueñas profecías, sus irisadas esperanzas... Por eso mi respetable amiga la Sra. de H. elije siempre en los casos precisos como supremo elogio para su marido el dictado de *buen Juan*, aunque ordinariamente le llama Quiñones á secas.

Este año, sin embargo, los ovetenses no dieron en la fiesta del Bautista pruebas tan concluyentes de su afición á la horticultura y á las luminarias como en la inmediata de San Pedro, santo que por su calva y su barba respetables, por su mismo nombre, que apenas consigue almibararse un tanto en el diminutivo *Perico*, no parecía propenso á semejantes usurpaciones, si vale lo atrevido de la frase.

La víspera del santo celebróse aquí, al amparo de una agradable noche, con profusion de jardines, de cohetes, de farolillos. Las dos bandas de música que en la ciudad existen, disputáronse la concurrencia, colocando sus atriles una en el barrio de los Estancos y otra en las alturas inmediatas al Cementerio. Esta triste proximidad nada influyó en el ánimo de los visitantes, que fueron numerosos; y en ágría pendiente, en reducido espacio, hubo modo de situar sillas en que reposadamente lucían sus gracias lindas convecinas, de entreteger giraldivas en que el estribillo intraducible del *achistáronmela* se repitió sin tregua, de organizar paseo para satisfaccion de los peripatéticos.

Si la fiesta de los jardines tiene cierto carácter

cantonalista, bien puede decirse que el jardín de la Puerta Nueva alta representaba el Estado nacional.

Tras de la víspera de San Pedro, vino, como es natural, el día de San Pedro, y púsose en evidencia que las romerías son ya á estas fechas institucion decadente.

No hace aún muchos años, Oviedo todo, como un sólo hombre y una sólo muger, se trasladaba á los robledales de San Pedrin, y á la sombra de los árboles, sobre la fresca yerba, se engullían macizas empanadas, se agotaban las botas, se molían los piés á fuerza de brincar y dar vueltas y acababan de atollondrar las cabezas con los *arpeggios* del violín del ciego, los redobles del tamboril, los estremecimientos de las panderas, y los coros de los romeros.

Poco después, por circunstancias que no conozco, establecióse una división en las filas de aquella gran mayoría, y mientras unos, tradicionalistas y consecuentes, continuaron yendo á Ventanielles, otros, invocando á San Pedron, marchaban por camino opuesto, resultando de ello que en ninguna parte existía animación completa.

Pero á la postre—y tal ocurrió el domingo último—quedó acordado poner en olvido las expediciones lejanas por caminos pedregosos é interrumpidos por saltaderos y pontones, para pasear como Dios manda y á palo seco en el Bombé.

No seré yo quien censure este acuerdo, porque á medida que los años pasan voy cobrando mayor afición al reposo, á la comodidad y á... la proximidad; lo que no impide que aún conserve aficiones opuestas á todo esto, á la manera que una linda y discreta amiga mía, que estima como debe su fino cutis, profesa singular cariño á un gatito blanco, muy quejón, que suele darle en pago de dulces caricias arañazos sangrientos.

¡Picaros gatos de ambos sexos!

Mr. Auboin-Brunet ha dado nuevas funciones en los pasados días, consiguiendo llevar en algunos de estos bastante numerosa concurrencia al teatro del Fontan, que es el teatro de Oviedo por otro nombre.

Las suertes de escamoteo y prestidigitación, el espectáculo de los espectros con aplicaciones de guillotina, la fuente luminosa, los cuadros disolventes y demás particulares que creo haber mencionado en otra ocasión, entretuvieron al público y granjearon aplausos al profesor.

Un amigo mio—y va de amigos—que como Vds. supondrán no es partidario de la pena de muerte, cree que el procedimiento que M. Brunet emplea para decapitarse sin consecuencias, podría tener empleo en las ejecuciones decretadas por los tribunales

de justicia, consiguiéndose con ello que los defensores de la pena capital, que lo son principalmente por lo que esta tiene de *ejemplar*, quedasen satisfechos sin que los demás nos quejáramos de su satisfacción.

Por mí... aprobado.

La cuestión de los ferro-carriles del Noroeste sigue sobre el tapete, y el proyecto que el Sr. Conde de Toreno formuló sobre el asunto, ocupará la atención de las Cortes antes de que las sesiones se suspendan.

Dícese que las corrientes en que navegan muchos diputados y senadores asturianos y gallegos son decididamente *nortistas*.

Tal vez por algo de esto hablaban ayer así dos periodistas:

—He escrito un artículo sobre esa asendereada cuestión de las líneas del noroeste, recopilando todo lo hecho y todo lo dicho hasta aquí....

—Pues á fé que eres un recopilador más entendido que D. Juan de la Reguera Valdelomar. ¿Y en qué situación te colocas?

—En la que más aceptación tiene en las provincias interesadas.

—¿Y cómo titulas tu artículo?

—Eso es lo que me falta. Todavía no lo he bautizado.

—¿Me autorizas para que lo haga?

—Desde luego. ¿Cómo quieres que se llame mi artículo?

Llámalo..... artículo DE LUJO.

El articulista que es parco en sus gastos y que nunca vistió, un traje que le costase arriba de trescientos reales, optó por romper las cuartillas en briznas que llevó el viento.

Noticias diversas:

—Anúnciase que una compañía de zarzuela que ha de actuar en Gijón durante la temporada balnearia, se detendrá por algunos días en Oviedo y dará varias funciones, entre ellas algunas que han de proporcionar á este público ocasión de conocer nuevas y aplaudidas obras.

—El martes último tomaron posesión de su cargo los concejales que ha poco resultaron elegidos y que, como en su día dijimos, pertenecen al partido democrático. El mismo día publicó D. José Longoria Carvajal una alocución al pueblo de Oviedo, dando cuenta de haber sido designado por el Gobierno una vez más para presidir el Municipio y prometiendo esforzarse por separar la política de la administración y hacer estas gestiones administrativas beneficiosas para el concejo. El tiempo dirá, que él es el gran desfacedor de entuertos.

—Ha sido nombrado registrador de la propiedad en Guernica nuestro muy querido particular amigo D. Gumersindo Solís de la Huerta, que venía desempeñando este puesto, con el acierto de que son garantía sus singulares dotes de ilustración y competencia, en la villa próxima de Infiesto. Mucho sentimos la ausencia de tan cariñoso compañero y muchos la sentirán con nosotros, pues muchas son las simpatías que en esta su provincia ha sabido captarse.

—Han terminado las oposiciones á setenta y cinco plazas en el Ministerio fiscal, oposiciones que duraron la friolera de seis ó siete meses.

Sabemos que todos, ó casi todos los que se presentaron de esta provincia, han merecido ser incluidos en aquel número y serán pronto colocados.

SALADINO.